

Trayectorias de emparejamiento entre varones en la Ciudad de México¹.
Una exploración a partir de biografías sexuales

Gabriel Gallego Montes
Docente-investigador
Universidad de Caldas, Colombia
Calle 65 No 26-10, Manizales, Colombia
gabriel.gallego@ucaldas.edu.co

Introducción

La presente ponencia se fundamenta en los resultados de una investigación que buscó identificar y comprender la configuración biográfica de varones con prácticas homoeróticas en la ciudad de México en el año 2006 (Gallego, 2007). El uso del enfoque biográfico y de curso de vida permitió comprender los eventos y transiciones socio-sexuales en una muestra intencional de 250 varones, a los cuales se les aplicó una encuesta retrospectiva. Con la riqueza de información recolectada fue posible comprender el debut sexual homoerótico, la primera relación de pareja o “primer noviazgo” entre varones y la primera relación corresidente o “primera unión”. Al igual se identificaron diferentes tipos de trayectorias o carreras sexuales que dan cuenta del entramado complejo de la sexualidad en la vida de las personas.

Desde el enfoque de curso de vida, una biografía sexual conforma una trayectoria entendida como un proceso acumulativo de eventos y vivencias sexuales (Heilborn, et al, 2006; Riva, et al, 2006, Plummer, 1995), que tiene como punto de partida la primera relación sexual, hetero u homoerótica, y se complejiza a partir de las múltiples interacciones socio-sexuales que un individuo establece a lo largo de vida. Estas interacciones están permeadas por la matriz sexo/género, la posición socio-económica y la etnia en contextos de mayor o menor homofobia interna como externalizada.

Este texto tiene como propósito señalar los tipos de trayectorias de emparejamiento encontradas y el cambio que vienen sufriendo entre cohortes de entrevistados. No obstante, se debe reconocer que las biografías de los varones, y sus transformaciones, tienen sentido en la medida en que se ubiquen en coordenadas precisas de memoria, espacio, tiempo social

¹ Esta ponencia hace parte de la disertación doctoral presentada en El Colegio de México A.C., para obtener el título de doctor en Estudios de Población, titulada “Patrones de iniciación sexual y trayectorias de emparejamiento entre varones en la ciudad de México”.

y tiempo histórico. Sus trazas biográficas están permeadas, además, por una adscripción a una clase media en la ciudad de México del último cuarto del siglo XX; son herederas de los cambios acaecidos en la sub-cultura sexual de los varones con prácticas homoeróticas de los años setenta y ochenta del siglo XX, como producto de la visibilización y politización de las identidades, del arribo del discurso gay y la epidemia del VIH-SIDA.

Así mismo, los cursos biográficos también dejan huella en procesos sociales y afectan las estructuras discursivas y de significación, de relacionamiento con otros y otras, generando condiciones de posibilidad, de rechazo o indiferencia para ciertas prácticas sociales e interacciones a nivel micro. Este es el recorrido de doble vía por el cual aboga una lectura biográfica, cuentas largas, ruptura discursivas y emergencia de sujetos y modos de relacionamiento en el tiempo histórico; miradas biográficas en el tiempo individual, biografías que trascurren en el aquí y el ahora.

El enfoque biográfico y de curso de vida en el estudio del emparejamiento entre varones

El reconocimiento de las homo/sexualidades como construcciones sociales e históricas ha implicado, desde el punto de vista metodológico, la exploración y el desarrollo de herramientas para su comprensión, no sólo en el tiempo presente, sino y ante todo, en su lectura biográfica. Existen básicamente dos vías para comprender las biografías sexuales, una que explora su construcción y significados a partir de los relatos de vida de los sujetos (Bertaux, 2005) y otra basada en el enfoque de curso de vida, mediante el levantamiento de encuestas biográficas (Heilborn, et al, 2006; Juárez y Castro, 2004). La investigación de la cual se deriva este artículo utiliza el segundo enfoque.

Las biografías y su tratamiento mediante el enfoque de curso de vida, constituyen uno de los elementos centrales en la socio-demografía y los estudios de población, en tanto permiten una comprensión compleja y dinámica de ciertos eventos acaecidos en el curso de vida de un individuo, la definición de la intensidad, el calendario y la duración de los mismos y la concreción de cierto tipo de vivencias en trayectorias.

La perspectiva de curso de vida posibilita la comprensión y adscripción de vidas individuales y familiares en sus contextos históricos. Se entrelazan tiempos y espacios distintos: el individual, el familiar, grupal o institucional, el social y el tiempo histórico,

dependiendo de la situación a estudiar, comprendidos de manera relacional (Caballero, 2007).

El tiempo individual lo constituye la biografía de cada persona en particular con sus respectivas trayectorias; el familiar tiene su propio curso de vida: nace, crece, se desarrolla y cambia; y el histórico, es el contexto más global en el que se desarrollan los dos anteriores. Las diversas temporalidades se tienen que estudiar de manera sincronizada (Caballero, 2007).

Hay que distinguir dos ejes organizadores del análisis del curso de vida: las trayectorias y las transiciones (Elder, 1985 en Caballero, 2007). Las trayectorias son diferentes carreras o caminos de vida en distintos ámbitos y dominios. La trayectoria podría pensarse como cursos específicos de acción que tienen orígenes particulares dinámicos y configuran una trama en la vida del individuo, en un contexto histórico y generacional (Salazar, 2006; Caballero, 2007).

En el conocimiento biográfico de las construcciones erótico-afectivas, en la población en México, se tienen vacíos y serias limitaciones. Por ejemplo, existe una comprensión parcial de las biografías socio-sexuales en población heterosexual, de las cuales se conoce aproximadamente la edad a la iniciación sexual y lo ocurrido después de la primera unión corresidente (Coubés, et al, 2005; Bozon, 1998; Juárez y Castro, 2004; Welti, 2005; Szasz, 2006). Sin embargo, existe un punto ciego entre ambos eventos que no permite comprender que tipo de trayectorias socio-sexuales se construyen después del debut sexual y hasta antes de la primera unión. Además, existe un mayor conocimiento de las trayectorias de las mujeres frente a lo reconstruido con los varones. En el campo del homoerotismo², existe un desconocimiento acerca de la construcción biográfica y el tipo de trayectorias socio-sexuales que construyen varones y mujeres con diferentes identidades genéricas; este hecho permite una mayor especulación sobre la clase particular de vida que construyen.

El segundo eje organizador lo constituyen las transiciones, las cuales hacen referencia a los movimientos de los individuos y grupos a lo largo de su vida dentro de cronogramas socialmente construidos (Elder, 1985, 1991 en Caballero, 2007). En este

² Al igual que Núñez (2001), entiendo por homoerotismo “al erotismo entre personas del “mismo sexo biológico”. Adicionalmente reconozco el debate acerca del carácter construido de los “sexos” y de la existencia de más dos de sexos (Fausto-Sterling, 2006).

sentido, las transiciones son “normativas” en términos de expectativas sociales y de un “deber ser” con respecto al curso de vida que debería tomarse. Las distintas transiciones posibles, en el caso específico de la sexualidad heterosexual, están plenamente identificadas y socialmente normadas. Sin embargo, para los varones y mujeres con prácticas sexuales no heterosexuales y de construcción de afecto con personas de su mismo sexo/género, no existen expectativas socialmente prescritas y por lo tanto no hay transiciones a ser esperadas.

Para Kertzner (2001), la estigmatización de la homosexualidad y la homofobia contribuyen a una ausencia de marcadores sociales que definan los cursos biográficos posibles para los hombres gay; las transiciones en este caso ocurren como eventos que configuran la trama de la trayectoria, pero no son transiciones en sentido estricto, en tanto no existe norma que cumplir más allá de aquellas definidas y recreadas al interior de ciertos grupos que conforman la subcultura de los varones o mujeres con prácticas homoeróticas³.

No obstante, e independientemente de si son transiciones o eventos, estos tránsitos particulares están influidos por la ubicación histórica y espacial de los vínculos sociales manifiestos en interacciones concretas (Giele y Elder, 1998); el control personal como agencia estructurante del individuo en sus propias determinaciones y los cambios registrables en tiempos determinados en interconexión con adaptaciones estratégicas del individuo –*timing*– (Salazar, 2006).

Giele y Elder (1998) plantean que la pertinencia de estos elementos es combinar el análisis de la “temporalidad histórica” y la “temporalidad individual”, poniendo énfasis en la construcción subjetiva del curso de vida en los sujetos (Salazar, 2006). Es decir, observar como los hechos o los cambios históricos intervienen en la dirección del curso de

³ Los conceptos de subcultura y minoría social van de la mano; Oscar Guasch (1997), argumenta que el colectivo gay conforma una subcultura y una minoría social, porque posee identidad específica y es subalterno respecto al grupo social heterosexual hegemónico. “La subalternidad inherente a la minoría gay se sedimenta a partir del no cumplimiento de algunos de los roles socialmente previstos para el varón. La identidad de la minoría gay se organiza a partir de unas prácticas sexuales diferenciadas que terminan por generar primero un estilo diferente y más adelante una subcultura” (Guasch, 1997:152). Velasco Arroyo (1997) plantea además, que “el término minoría o grupo minoritario hace referencia a elementos cualitativos más que cuantitativos o estadísticos: designa a cualquier grupo de personas que recibe un trato discriminatorio, diferente e injusto respecto de los demás miembros de la sociedad. La minoría se define por su posición de subordinación social y no por su número.” (Velasco Arroyo, 1997:59).

No obstante, las categorías de hegemonía y subalternidad partiendo exclusivamente de la relación hetero/homosexualidad puede ser parcial, y a veces imprecisa, para comprender las relaciones entre personas del mismo sexo-género en el contexto latinoamericano.

vida de los individuos y en consecuencia, en las trayectorias particulares en las que se desenvuelven sus campos específicos.

La aplicación del enfoque de curso de vida en varones, en el marco de la investigación que sustenta este artículo, permitió la reconstrucción de la biografía sexual en varones con prácticas homoeróticas, identificándose tres puntos de quiebre: la iniciación sexual hetero-homoerótica, el establecimiento de la primera relación de pareja con otro varón y de la primera relación corresidente. Estas transiciones definen tres campos básicos: debut sexual, primer “noviazgo” y primera “unión”. La lectura del conjunto de las interacciones socio-sexuales permite definir trayectorias o modos de interacción sexual; igualmente, se pueden identificar al interior de una trayectoria eventos sucesivos, que se diferencian en intensidad, pero que constituyen trazas repetitivas en una trayectoria erótico-afectiva, es decir, cortejo, noviazgo, corresidencia y ruptura de una relación de pareja. Como eventos se repiten, aunque con una carga emocional y valorativa diferente entre una y otra experiencia de vida.

Este artículo da cuenta exclusivamente de las trayectorias o carreras sexuales en varones con prácticas homoeróticas, pero reconoce el entramado discursivo complejo en el cual ellas se configuran. De igual manera el enfoque de curso de vida, al hacer parte del análisis biográfico, no solo se ocupa de los tiempos individuales, sino que encuadra la experiencia del individuo en tiempos sociales e históricos donde las biografías adquieren sentido. Por ello, los siguientes dos apartados exploran el emparejamiento entre personas del mismo sexo-género en las cuentas largas y en su explicación teórica en el marco del construccionismo social.

El emparejamiento entre personas del mismo sexo como construcción histórico-social

El mundo contemporáneo y en especial la cultura occidental vienen atravesando por múltiples cambios que afectan la vida cotidiana de millones de seres humanos. En el plano social, asistimos a un proceso profundo de cambio caracterizado por una acentuada individuación y privatización de los proyectos de vida. Este proceso, si bien es de larga duración durante el siglo XX, se acentúa a partir de la década de los setenta cuando en los países más industrializados se acude nuevamente a una renovada privatización de la vida

social. La privatización ha supuesto, además, el cuestionamiento de la validez de las normas que antaño sujetaban la vida privada de los individuos a un estrecho control social, en favor de la mayor libertad para decidir el curso de los comportamientos individuales.

Las consecuencias de este proceso de privatización e individuación han sido de profundo alcance en todas las dimensiones de la realidad social, desde la economía a la vida cotidiana, pasando por la política y la sexualidad. En este último campo los cambios son significativos. En primer lugar, el discurso acerca de la sexualidad ha transformado su carga moralizante al punto que ésta no sólo se ha desvinculado de la procreación, sino que ha adquirido status de legitimidad y se ha convertido en una dimensión de la personalidad individual (Bozon, 2005) y por tanto, se le atribuye un carácter expresivo o maleable. Prácticas sexuales condenadas social y legalmente en el pasado, recientemente han entrado a formar parte de las opciones que las personas tienen en su disposición y que practican según sus preferencias (Meil, 2000; Weeks, 1993, 1998, 1998a, 1998b).

En palabras de Bozon (2005) no es que la normatividad alrededor de la sexualidad haya desaparecido, lo que se ha dado es un desplazamiento del control externo de su ejercicio a uno interno, centrado ahora en la capacidad moral del individuo; también debe enmarcarse este desplazamiento a la capacidad de agencia de los sujetos y los procesos de desinstitucionalización que se han acentuado desde el último cuarto del siglo XX.

La sexualidad es un fenómeno social, entre otras cosas, porque es histórico, cambiante y sólo definible en el contexto de una cultura, desde este punto de vista es un “artefacto” (Minello, 1998), un constructo histórico (Foucault, 1977; Weeks, 1998). O como postula Anne Fausto-Sterling (2006), en un debate que recién comienza, “la sexualidad *es* un hecho somático *creado* por un efecto cultural”.

Como hecho socio-cultural, la sexualidad contemporánea está fuertemente influida por el feminismo, la liberación sexual, la construcción de la identidad y el orgullo gay y lésbico y la irrupción del VIH-SIDA. Estos eventos, cuestionaron los modelos de organización de la vida privada socialmente establecida, particularmente el emparejamiento monogámico heterosexual, la validez universal del matrimonio, la sexualidad con fines exclusivamente reproductivos y han postulado la reivindicación individual al establecimiento de relaciones íntimas, no basadas exclusivamente en la diferencia anatómica de los sexos. En este sentido, la construcción de pareja como una de las formas

de expresión erótico-afectivas de las relaciones gay y lésbicas, ha ido ganando cada vez más presencia dentro de la subcultura gay y las comunidades LGTBI –lesbianas, gays, transgeneristas, bisexuales e intersexuales-. No obstante, aún prevalece la discriminación y el no reconocimiento jurídico, en buena parte de los países americanos, a las uniones entre personas del mismo sexo (Gallego, 2008).

La negación de un espacio legal de reconocimiento a las parejas del mismo sexo/género y la homoparentalidad⁴, hacen parte del biformismo moral (Heilborn, *et al*, 2006) de nuestro tiempo, que por un lado, posibilita el establecimiento de parejas en el ámbito privado sin mayores censuras sociales y por el otro, hace un gran debate público en contra de su afirmación consensual, basado en el absolutismo y el pánico moral (Aggleton y Parker, 2002).

En este contexto de discusión valdría la pena preguntarnos, ¿Qué factores explican la puesta en escena de las parejas del mismo sexo/género en la cultura occidental y en América latina, particularmente?

Para resolver este cuestionamiento, es necesario hacer una presentación en torno al emparejamiento entre gays y entre lesbianas como realidad socio-cultural contemporánea en las sociedades occidentalizadas. El tratamiento social a las relaciones afectivas y sexuales entre varones y entre mujeres ha seguido un sendero de dramáticos cambios y deformaciones en los últimos dos siglos. Concebidas como pecado, crimen o enfermedad y sujetas a presión por parte de Estados y elites sociales, las relaciones entre personas del mismo sexo/género han persistido y hoy emergen en vías sin precedentes. Sin embargo, para comprender la ocurrencia y visibilización de las parejas entre gays y entre lesbianas se debe partir de la discusión en torno al surgimiento de las homosexualidades⁵ y lo lésbico-

⁴ El tema del emparejamiento entre personas del mismo sexo (y mismo género) no se agota en lo gay-lésbico, sino que abarca un campo bastante complejo donde se cruzan la identidad sexual y la de género conformando formas de politización de los cuerpos y las sexualidades bastante variopintas y demandas de reconocimiento igualmente diferenciadas.

⁵ "La homosexualidad es el epifenómeno de la heterosexualidad, pero no es posible entender la una sin la otra" (Guasch, 2000:20). Al igual que la heterosexualidad, la homosexualidad es producto de nuestra época que no puede buscarse más allá de nuestra cultura. La homosexualidad no existía en la antigua Grecia "no había en rigor homosexuales, sino ciudadanos activos, dominadores del propio deseo (viriles), y sujetos pasivos, reprobables, incapaces de autogobierno [...] un hombre podía ser censurado por su blandura y afeminamiento si se dejaba arrastrar por su pasión hacia las mujeres hasta el punto de que ese afecto lo gobernase. Análogamente, un varón adulto podía mostrar una reputación de virilidad sin mancha aunque tomase sus placeres de los muchachos, siempre y cuando esa pasión no lo dominase" (Vásquez y Moreno (1997) en Guasch (2000):21). Sin embargo, desde la antigüedad, las culturas occidentales se han encargado

gay en el contexto del sistema capitalista de producción (D'Emilio, 1997) y el Estado de bienestar (Adam, 2004) en las sociedades desarrolladas dentro de la cultura occidental.

John D'Emilio (1997) plantea que los gay y las lesbianas como grupo social no siempre existieron y son producto de la historia, particularmente de la historia reciente de la humanidad, con una existencia en una era específica. Su emergencia está asociada al desarrollo de las relaciones capitalistas de producción y más específicamente con su sistema de trabajo asalariado, el cual permitió, especialmente en la última parte del siglo XX, a un sinnúmero de hombres y mujeres llamados a sí mismo gays y lesbianas, reconocerse como parte de una comunidad de iguales por su preferencia y organizarse políticamente sobre la base de la identidad.

A pesar de que lo lésbico-gay contemporáneo poco tiene de común, en términos de significados, con las prácticas homo-eróticas de las antiguas civilizaciones, de la edad media o de los siglos XVIII y XIX, sí es posible atribuirle a la urbanización y a la formación del sistema capitalista de producción, las bases para una transformación de ciertas prácticas sexuales en identidades y en la creación de nuevos sujetos sociales y formas de emparejamiento (Rubin, 1989).

La mayoría de los estudios coinciden en la singularidad histórica y espacial de la identidad gay contemporánea (Foucault, 1977; Weeks, 1998; Guasch, 1995). En efecto, en diferentes momentos históricos tenemos diferentes sujetos homosexuales, en tanto la existencia de éstos está determinada por diferencias prácticas discursivas que no sólo los nombran sino, de hecho, los crean (Andrés, 2000). Como concluyó David Fernbach hace veinte años, “el espacio para un modo de vida homosexual es de aparición relativamente reciente [y sólo existe en ciertas partes del mundo]” (Fernbach en Drucker, 2004:12). Las subculturas homosexuales son un fenómeno histórico reciente que tuvo su embrión a finales del siglo XIX en Europa Occidental y América del Norte.

de desarticular la figura del homosexual con el poder, fomentando en su lugar el mito del homosexual = afeminado, entendiendo por femenino la debilidad y la pasividad tanto física como emocional. Si bien el proceso ha sido constante a lo largo de la historia, los últimos 200 años han resultado efectivos en la “feminización” de la homosexualidad de varones y por lo tanto en la “desmasculinización” del hombre gay (Andrés, 2000:124). Este mito llegó hasta nuestros días y fue consistente hasta la última cuarta parte del siglo XX. En América Latina y los países colonizados por occidente, el mito llegó y se encarnó en la asociación homosexual = travesti; en otras palabras la visión tradicional de la homosexualidad en latinoamérica ha estado asociada al travestismo y el afeminamiento.

Para John Boswell (1992), la urbanización es uno de los factores más importantes para explicar el auge o declive de la vida homosexual europea. Según este historiador, el crecimiento de las ciudades ha ido de la mano con una mayor tolerancia en Occidente hacia el homoerotismo. De allí que no sea de extrañar cómo a finales del siglo XIX, cuando occidente pasaba por un acelerado crecimiento de las ciudades, aparecieran los primeros grupos visibles de homosexuales en el viejo continente y en algunas ciudades de Estados Unidos y América Latina. Drucker (2004) agrega que como fruto de la extensión del trabajo asalariado y la resultante independencia económica individual, aparecieron nuevas instituciones y formas de relacionamiento por fuera de los patrones familiares y religiosos establecidos.

A finales del siglo XIX en las grandes ciudades europeas, y principios del XX en los Estados Unidos, existían bares para varones y mujeres homosexuales y algunos primeros intentos de organización, como la sociedad *Mattachine*, articulada sobre la base de la preferencia sexual (Drucker 2004; Schifter, 1989); los varones organizaban bailes clandestinos a los que muchos asistían vestidos de mujer y las parejas de lesbianas (generalmente discretas) eran más comunes. En México, la crónica popular relató el famoso baile de los 41 “*homosexuales, muy chulos y muy maricones*” que tuvo lugar en 1901 (Hernández, 2001)⁶. De igual manera, el desarrollo de la sociedad de consumo a mediados del siglo XX en Estados Unidos, que se extendió a otros países capitalistas avanzados, produjo el surgimiento de *guettos* homosexuales como fenómeno masivo. (Drucker, 2004)

Ross y Rapp (1997) argumentan que la separación en el capitalismo industrial de la familia y el lugar de producción, el consumo de la producción, el lugar de descanso y de trabajo, la vida personal de la política y la sexualidad de la reproducción de efectivos, que se inició durante el siglo XVIII y XIX en Europa y Norte América, condujo a la reorganización de la experiencia sexual y a la transformación de la intimidad. Estas

⁶ Taylor (1978) ha documentado por su parte la existencia a principios de siglo de subculturas lésbicas en la ciudad de México. Remite a un artículo aparecido en *El Universal*, uno de los principales y más antiguos periódicos de la capital: “*La policía cayó en el pueblo de Santa María sobre una gran fiesta de mujeres. El motivo aducido fue “el bautizo de una muñeca, a la que se le puso el nombre de Chilaquil”.* Este nombre insinúa que esas mujeres eran homosexuales. Tras enlistar los nombres de catorce de ellas y asegurar que había más, en el artículo se señalaba que la policía seguía atenta a incidentes similares en toda la zona; que las mujeres habían afirmado haber hecho cada mes esa clase de fiestas sin que hasta entonces se les hubiera molestado, y que no invitaban a hombres porque ésa era la única manera de evitarse problemas” (Clark Taylor en Carrillo, 2005).

escisiones transfiguraron la estructura y funciones de la familia nuclear, la ideología de la vida en familia y el significado de las relaciones heterosexuales.

En este mismo sentido se pronuncia Almaguer (1995), quien considera que el tránsito, a fines del siglo XIX, de una economía de tipo familiar a un sistema de trabajo de tipo salarial, liberó en forma decisiva a los hombres y mujeres europeo-norteamericanos del mundo económico y social de la familia que antes había sido tan limitante. De esta forma, “liberada la familia nuclear de su papel tradicional como unidad básica de producción, los individuos de preferencia homosexual podrían ya forjarse una nueva identidad sexual y desarrollar una cultura y una comunidad antes inconcebibles. Además, la fuerte migración urbana que fue atizada (o precipitada) por la segunda guerra mundial, aceleró este proceso, empujando a miles de homosexuales a medios urbanos donde eran mayores las posibilidades de intimidad y anonimato en las relaciones entre personas del mismo sexo” (Almaguer, 1995:61).

Lo que permitió la visibilidad, a principios del siglo XX, de las relaciones entre personas del mismo sexo, se debe además, a una serie de prerequisites sociológicos que permitieron una apertura a los estrictos sistemas de parentesco (Adam, 2004). Weston (1997) y Katz (2001) sugieren que, durante el siglo XIX, la hermandad y la amistad eran dos de las pocas categorías disponibles en Estados Unidos, para dar cuenta de los sentimientos intensos experimentados hacia personas del mismo sexo; Gallego (2007) y Núñez (2007) han documentado estos mismos sentimientos en el México de finales del XIX y principios del siglo XX.

La emergencia/formación de parejas conformadas por personas del mismo sexo constituyen una realidad socio-cultural para América Latina que tiene su ocurrencia y visibilización pública desde los años 70's del siglo XX (Gallego, 2007). Lo anterior no niega la existencia de relaciones de pareja antes de estos años, lo que sucedía es que éstas no estaban asociadas a una identidad sexual conciente como ocurre en el período reciente, donde una de las prácticas sexuales disidentes, la homosexualidad, asume una identidad y crea un nuevo sujeto, el gay; además, los emparejamientos cuando se daban no conformaban unidades domésticas diferenciadas, ni constituían una experiencia de vida generalizable a un colectivo de varones o de mujeres (Gallego, 2007).

En este sentido, puede especularse que los emparejamientos de gays y lesbianas no procreativos son compatibles con el nuevo régimen demográfico. Es decir, la caída en las tasas de natalidad, la tendencia a nivel mundial por alcanzar el nivel de reemplazo en la población, la disminución de la presión demográfica por la reproducción, la separación entre sexualidad y reproducción y especialmente la disminución del control social en torno a la función reproductora de la pareja y la familia, permitieron la emergencia de formas de relacionamiento íntimo no basadas en la sexualidad heterosexual y el matrimonio.

De ahí que el establecimiento de parejas de gays y lesbianas -al ser un arreglo doméstico minoritario- no desentone con los propósitos demográficos de nuestro tiempo, por ello su relativa permisividad y visibilización social. No obstante, el debate sobre la homoparentalidad hace resurgir las discusiones en torno a la función reproductora de la familia y la exclusividad de la descendencia por esta vía; si en algún momento las pretensiones reproductivas estuvieran en alza, muy seguramente los emparejamientos gay-lésbicos estarían seriamente cuestionados y deslegitimados.

En otras palabras, la disminución de la presión institucional por la reproducción, permite que en la escena pública aparezcan nuevas formas erótico-afectivas de organización de la vida cotidiana, que no tienen como propósito principal la reproducción y por lo tanto no constituyen un suplemento sino una alternativa a la institución familiar tradicional. Según D'Emilio (1997), la población de gays y lesbianas es la que de forma más clara encaró el potencial de la división entre sexualidad y procreación. En palabras de Flaquer (1998), los emparejamientos gays y lésbicos y la homoparentalidad hacen parte de una segunda *transición familiar*, o como lo expresan Requena y Revenga (Citados por Gonzáles, 2002) estas formas alternas de familia y estilos de emparejamiento pueden ser llamados "*posnucleares*".

Sin embargo, la discusión anterior sería parcial sino se mencionara la pobreza estructural, los procesos de precarización del empleo y la compleja estructura étnico-social de las sociedades latinoamericanas que restringen o posibilitan el emparejamiento entre personas del mismo sexo/género. Además, el significado del sexo entre varones y entre mujeres también es fruto de la mezcla entre prácticas propias, arraigadas y resignificadas en las culturas locales y las llegadas como producto de la globalización. Tal mixtura genera

una “formación social homoerótica hecha de diferentes discursos, subjetividades, categorías y forma de vida vinculadas entre sí de manera muy compleja” (Núñez, 2007:20).

Tipos de emparejamiento entre varones recreados en la literatura mexicana antes del arribo del discurso gay.

Cada momento histórico en la sociedad urbana mexicana ha generado sus propios marcos de prohibición, indiferencia o laxitud para la afectividad entre varones. Durante el siglo XIX en México, las “amistades profundas” amparadas bajo el movimiento estético denominado “romanticismo” (Singer, 1992, Galí, 2002) se convirtió en el escenario que posibilitó las muestras públicas de afecto entre varones y entre mujeres. La amistad romántica hizo parte fundamental de las relaciones personales íntimas e implicaba el enlace recíproco entre los amigos con una clara connotación de clase (Luhmann, 1985); se sustentaba en una idealización del sentimiento amoroso, alejada de la pasión y del deseo y concretada en el más puro interés, bajo un nuevo control moral.

Las fuentes disponibles relatan la existencia de “círculos de mujeres”, especialmente poetisas y compositoras, con una notoria complejidad artística y de género⁷ (Galí, 2002; Vicinus, 2004). En estos círculos Lillian Federman (1981) encontró las “amistades románticas”⁸, las cuales permitieron crear un mundo alejado de la camaradería militar y de comercio de los hombres.

De las “amistades profundas” entre varones hay pocas referencias escritas, los pocos trabajos que se han hecho sobre el tema relatan las amistades románticas en la sociedad estadounidense (Chauncey, 1994; Katz, 2001), donde las expresiones de afecto entre

⁷ El Romanticismo privilegiaba la emoción e intuición por encima de la razón, con lo cual lo femenino se elevaba a un rango nunca reconocido hasta entonces, colocaba al hombre y a la mujer en esferas distintas y hasta cierto punto irreconciliables, por mucho que se quisiera presentarlas como complementarias (Galí, 2002). De hecho, agrega Galí (2002), aunque el siglo XIX aplazó la participación pública de la mujer en la construcción de la sociedad moderna, el Romanticismo puso las bases para su educación y contribuyó de manera decisiva al reconocimiento de sus capacidades intelectuales, aunque éstas se limitaran por el momento a la imaginación y la intuición. Por lo mismo, no es de extrañar que las mujeres fueran las más entusiastas receptoras del movimiento, en tanto se identificaban con las actitudes y temas propuestos por éste. Sin embargo, el Romanticismo por esta misma vocación de género, fue considerado por sus detractores como un movimiento feminizado, cuando no afeminado (Galí, 2002).

⁸ Un tema que queda pendiente por discutir es si en el México decimonónico puede hablarse de “amistades románticas” entre hombres y entre mujeres, o si lo que existió fue simplemente un sentimiento de “amistad profunda”, que luego se transformaría en el “cuatismo” del siglo XX. Personalmente me inclino por la segunda hipótesis.

varones, eran lícitas y más o menos generalizables. El mismo Luhmann (1985) así lo describe, “basta con leer la abundancia de fórmulas de éxtasis en el culto al amor del amigo, que abarcan lo corporal. Los amigos que se saludan con una lluvia de besos, que caen uno en brazos del otro o que dejan descansar la cabeza sobre el pecho del amigo; que hablan sin timidez, con toda sencillez de una inundación de cordialidad” (Luhmann, 1985).

Parece ser que la sociedad mexicana del XIX no era ajena a tal situación; Víctor Macías-González (2004) relata “quizá nos resulte sorprendente, pero en el México decimonónico aún no causaba gran escándalo el hecho de que dos hombres se tocaran en público. Jesús E. Valenzuela relata –con suma naturalidad- el afecto que el tenía al escritor Manuel Gutiérrez Nájera quién, durante un memorable viaje en ferrocarril, aprovechaba las tinieblas de los túneles para propiciarle “ruidosos” besos en la mano [...] En un convite en honor de Julio Ruelas, Manuel González (hijo) besó en la frente al festejado pintor” (Macías-González, 2004). Es decir, tanto en Estados Unidos (Chauncey, 1994; Katz, 2001) como en México (Macías-González, 2004; Irwin, 1998; Núñez, 2007) hay indicios de la existencia de “amistades profundas” entre hombres⁹.

Una de las fuentes documentales obligadas para rastrear este tipo de sentimiento es la literatura. De acuerdo con Irwin (1998), en la narrativa del siglo XIX fue común recurrir al amor griego¹⁰, no necesariamente homoerótico sino más bien fraternal, con sus espacios e instituciones homosociales de hombres y la ausencia de espacios públicos para mujeres. En casi cada novela costumbrista o nacionalista –por lo menos entre las canonizadas- del siglo XIX en México destaca algún grupo homosocial de puros hombres¹¹(Irwin, 1998).

⁹ Guillermo Núñez (2007) documenta la existencia de amistades íntimas entre varones en Hermosillo y la Sierra de Sonora a principios del siglo XX. La foto de José Pedro y Francisco tomados ligeramente de las manos constituye una evidencia de la existencia de este sentimiento.

¹⁰ “El amor-amistad entre Aquiles y Patroclo es un ejemplo claro y preciso de la *hetairia* o compañerismo militar griego. Es un amor desinteresado y lejano del sexo, aunque no del sentido, pues en esa camaradería juega un papel importante la estética, ya que los amigos, además de nobles eran hermosos” (De la maza, 1968). Sin embargo, Boswell (1996) argumenta, a partir de sus investigaciones, que el erotismo entre personas del mismo sexo, en Grecia o Roma, no residía en su frecuencia ni en su duración, sino en la prolongada y sagrada relación con la democracia y el valor militar (como Aquiles y Patroclo, Filolao y Dioclesio, Harmodio y Aristogitón, Alejandro y Bagoas, entre otros y en el caso Romano, sobresale la pareja de Adriano y Antínoo). Sin embargo, estas parejas -y su veneración y reconocimiento- no cuestionaban la virilidad ni el carácter militar que traslucía en la relación. En efecto, la sociedad Griega y Romana idealizaba la conducta varonil e imaginaba que las relaciones entre varón y varón implicaban la destilación de los mejores elementos del carácter masculino en un elevado amor mutuo. Este argumento puede encontrarse en el discurso de Aristófanes en *El Banquete*.

¹¹ El autor hace referencia a los siguientes grupos homosociales de hombres referenciados en casi cada novela costumbrista o nacionalista del siglo XIX en México, los bandidos (*Los bandidos de Río Frío* de Manuel

Las manifestaciones públicas de afecto entre hombres, que es posible hallar en la literatura y en los diarios, se transformaron con la aparición del discurso homosexual y su incorporación en la criminología moderna y la medicina legal en la época del Porfiriato (Irwin, 1998; Gallego, 2007). El cuatismo de hoy, con sus códigos y formas de relacionamiento corporal es producto, en parte, de la transformación que sufrió la figura de la amistad profunda e íntima entre varones en la sociedad mexicana de los siglos XIX al XX (Gallego, 2007).

Desde el punto de vista de las relaciones erótico-afectivas entre varones durante el siglo XX, la literatura da cuenta de por lo menos tres tipos de emparejamiento posible.

El primer tipo que se relata en la autobiografía de Salvador Novo, en la novela de Eduardo Castrejón *“Los cuarenta y uno”* (1906) e incluso en la obra de José Joaquín Fernández *El Periquillo Sarniento* (1816), lo constituyen un hombre maduro –y con recursos económicos- y uno joven –inexperto y dependiente-, con claras diferencias socio-económicas y generacionales. El ejemplo más claro de este patrón es la pareja compuesta por Antonio Adalid (mayor) y Antonio “el chico”; esta pareja, según relata Novo vivían juntos y compartían un lugar común. De acuerdo con Novo, la estirpe y nobleza de Antonio Adalid le permitía darse un lujo que para la mayoría social no era permitida y en muchas ocasiones rechazada.

Este tipo de emparejamiento parecía constituir “el deber ser” entre los homosexuales, el mismo Novo en su autobiografía relata cómo sus amigos, en un intento por “casarlo bien”, lo presentan con Luis Amiela -hombre mayor, acaudalado- del cual Novo nunca se enamoró ya que “en mí no logró despertar ni la codicia por su riqueza” (Novo, 1998:110).

Un segundo patrón de emparejamiento lo constituyen hombres rudos y viriles con varones afeminados. Novo describe en su autobiografía personajes “afeminados” llamados “locas” que buscan o tienen romances con personajes “masculinos”, sexualmente activos (penetradores) y con una virilidad superdesarrollada. También aparecen descritos personajes, que por su ocupación pueden ser descritos como “ultra-masculinos” como soldados, marineros, policías, conductores de autobús.

Payno, *Astucia* de Inclán, *El Zarco* de Altamirano), los piratas (*Los piratas del Golfo* de Vicente Riva Palacio), los soldados (*El pistolero, El Zarco, los bandidos, etc.*).

Un tercer tipo de relacionamiento erótico-afectivo esta mediado por el comercio sexual, la *chichifiada*, o como diría Salvador Novo “la ley de la oferta y la demanda”. En las novelas *El diario de José Toledo* (1964) de Manuel Barbachano, *El vampiro de la colonia Roma* (1979) de Luis Zapata y *Las púberes Canéforas* (1983) de José Joaquín Blanco, son descritos con lujo de detalles las aventuras y desventuras amorosas entre varones mediadas por el comercio sexual, antes de la expansión del discurso gay y el arribo de la epidemia del VIH-SIDA en la ciudad de México.

Presencia del emparejamiento en varones con prácticas homoeróticas en la ciudad de México. Resultados a partir de una encuesta biográfica

El análisis general de las biografías de emparejamiento, capturadas mediante la utilización de una encuesta retrospectiva, permite estimar tres proporciones básicas que permiten determinar la presencia y el nivel de profundidad que tiene la construcción erótica-afectiva y amorosa entre varones en un contexto socio-cultural particular. El primero, nos indica que tan presente o ausente se encuentra el evento llamado “emparejamiento entre varones”¹² en el curso de vida de un entrevistado con prácticas homoeróticas. El segundo, permite inferir cuántos de estos varones viven actualmente el evento en estudio y el tercero, señala cuántos corresiden en pareja constituyendo en buena medida hogares independientes y formas alternas de familia (Gallego, 2003). Estos tres indicadores reflejan el grado de apertura o de restricción que el afecto entre varones tiene no sólo en los mismos sujetos, sino en el medio social donde ellos se desenvuelven. Además, puede ser útil para evaluar el nivel de homofobia en un contexto en particular.

La información contenida en el cuadro No 1, señala que el 92,4% de los entrevistados ha tenido alguna vez en su vida una relación de pareja con otro varón, hecho que permite afirmar como la construcción afectiva y amorosa es un evento importante en la vida de estos sujetos, siendo además acumulativo con el transcurso de los años. Este hallazgo es consistente con la tesis planteada en el apartado segundo de este texto, en tanto el

¹² Se definió como relación de pareja el vínculo erótico-afectivo establecido entre dos varones con una duración igual o superior a tres meses, con o sin coresidencia. Esta definición toma experiencias anteriores de investigaciones en sexualidad, mediante el uso de encuestas retrospectivas en Brasil (Heilborn, et al, 2006; Riva, et al, 2006; Juárez y Castro, 2004); este criterio también fue utilizado en el clásico estudio de McWhirter y Mattison (1984) para comprender el funcionamiento de la pareja gay masculina en Estados Unidos.

marco de posibilidades para una relación de pareja con otro varón es de reciente creación y no se remonta más allá de la última cuarta parte del siglo XX.

Cuadro No 1. Distribución porcentual de los entrevistados según situación de emparejamiento y convivencia actual en pareja con otro varón. Ciudad de México. 2006				
	<i>Todos (N=250)</i>	<i>16-24 años (N=92)</i>	<i>25-34 años (N=93)</i>	<i>35 y más años (N=65)</i>
Ha tenido alguna relación de pareja con otro varón	92.4	84.8	95.7	98.5
Tiene actualmente una relación de pareja con otro varón	54.0	38.0	62.4	64.6
Actualmente cohabita en pareja con otro varón	22.8	8.7	28.0	35.4

Fuente: Estimaciones propias a partir de la encuesta "iniciación sexual, trayectorias de emparejamiento y vida en pareja en varones homosexuales de la ciudad de México".

De los varones entrevistados el 54% de ellos estaba, al momento de la entrevista, involucrado en una relación de pareja con otro varón y un 22,8% cohabitaba o corresidía en pareja. Al igual que en otras discusiones planteadas anteriormente, existe un efecto de cohorte en el comportamiento de estos indicadores en tanto a mayor edad, mayor es la proporción de varones que se encuentra involucrados o corresidiendo bajo el marco de una relación erótica- afectiva con otro varón; sin embargo, se esperaría que la edad, como variable explicativa en la definición de la proporción de varones emparejados, tuviera un efecto contrario al esperado, en tanto la misma dinámica de la subcultura “gay” hace que sea la juventud y no la adultez el bien máspreciado y por lo tanto, el que cuenta con mayores posibilidades de hallar o establecer una relación de pareja con otro varón.

No obstante, en los sectores medios, la adultez genera una acumulación de experiencia y una mayor autonomía financiera, que también constituyen bienes bastante valorados para establecer un vínculo de pareja con otro varón. En otras palabras, en esta muestra en particular de varones de clase media, la edad parece tener un efecto de compensación. De igual manera, con la edad se alcanzan mayores niveles de autonomía que pueden ser explicables a través del porcentaje de varones que actualmente corresiden en pareja con otro varón. Al igual que lo sucedido con la historia del emparejamiento, la corresidencia entre varones constituye un evento relativamente reciente en la historia social y cotidiana de la ciudad de México.

Las proporciones encontradas en este grupo de varones con prácticas homoeróticas, pertenecientes a la clase media de alta escolaridad en la ciudad de México, respecto al emparejamiento y el establecimiento de la convivencia en pareja, son consistentes con las estimaciones adelantadas en México y con datos provenientes de Estados Unidos y España. Cecilia Gayet, et al, (2007) en su encuesta para cuatro ciudades mexicanas, identificó cómo el 47,3% de los HSH –hombres que tienen sexo con otros hombres- manifestó haber tenido una pareja sexual estable en los últimos 6 meses antes de la encuesta; así mismo, el 22,1% de los HSH solteros convivía, al momento de la entrevista, con una pareja del mismo sexo.

Encuestas levantadas en Estados Unidos indican que entre un 40% y 60% de varones gay y 45% al 80% de mujeres lesbianas se encontraban, al momento de la entrevista, involucrados en una relación de pareja (Patterson, 2000). En España Meil (2000) reporta, a partir de una encuesta aplicada a más de mil homosexuales en el año 1999, que cuatro de cinco lesbianas (79%) y dos de tres (66%) gays tenían una relación de pareja, notándose que estas proporciones aumentaban con la edad. Sin embargo, la tenencia de una relación de pareja no implica necesariamente la convivencia. De hecho, a partir de la misma encuesta en España, se determinó que solo la mitad (55% de los varones y 58% de las mujeres) de los que declararon tener pareja convivían realmente con ella (Meil, 2000).

Parece ser entonces, y esto a partir de las proporciones señaladas en México, Estados Unidos y España, que la experiencia del emparejamiento entre varones ha ganado terreno en términos de magnitud y no constituye una experiencia particular, sino más bien compartida por diferentes grupos en la cultura occidental, como una forma alternativa de construir afecto y cuidado a las convencionalmente prescritas.

La construcción de trayectorias o tipos de relacionamiento socio-sexual entre varones

Para la construcción de las trayectorias o tipos de relacionamiento sexual¹³ se trabajó con la propuesta de McKinney (1968) y Laura Velasco (2004), en el sentido de que “los tipos son instrumentos para construir un orden conceptual o para plantear hipótesis sobre un orden

¹³ Tipo construido es la selección, abstracción, combinación y (a veces) acentuación planeada e intencional de un conjunto de criterios con referentes empíricos que sirve de base para la comparación de casos empíricos. (McKinney, 1968).

empírico” (McKinney, 1968:30). En ambos casos, el objetivo fue “lograr una concepción ordenada de lo social que nos permita generalizar, más allá de los casos empíricamente observados” (Velasco, 2004).

Los tipos de trayectorias constituyen una interpretación sobre un curso socio-sexual que un varón con prácticas homoeróticas construye en su devenir biográfico. Al estar en todos los informantes “truncada” su vida por efectos del corte que genera la fecha de la entrevista, las trayectorias propuestas reflejan esa realidad, pero no son la realidad en sí misma; constituyen una herramienta interpretativa en la comprensión de la sexualidad relacional.

A partir del análisis de la biografía completa, en el establecimiento de relaciones de pareja, tanto con otros varones como con mujeres, fue posible construir tipos de trayectorias o formas de interacción socio-sexual que reflejan las preferencias o las oportunidades que el individuo ha tenido para construir la afectividad y el enamoramiento con otros(as). Tres fueron las trayectorias construidas: trayectorias y estilos de emparejamiento y trayectorias de relacionamiento sexual.

En cuanto al primer constructor, las trayectorias de emparejamiento¹⁴, se identificaron cuatro tipos (ver cuadro No 1): trayectorias exclusivas con varones, con mujeres, rizomáticas y transitivas.

En el primer tipo se ubica el 56,4% de los entrevistados, valor que es relativamente estable entre los diferentes grupos de edad y es consistente con resultados de otras investigaciones en México¹⁵; en el segundo, está un porcentaje muy bajo de varones (1,2%), todos menores de 24 años de edad, cuya experiencia en la construcción de relaciones de pareja estable se ha dado exclusivamente con su “sexo opuesto”. Este tipo particular de trayectoria tiende a ocurrir durante la juventud, en pleno proceso de construcción de la preferencia sexual y se desplaza hacia trayectorias rizomáticas o transitivas, dependiendo de las características particulares del sujeto y del medio social que puede ser restrictivo o indiferente frente a la construcción de la experiencia sexual.

¹⁴ Existe en el cuestionario una pregunta que indaga por el sexo y el orden de todas las relaciones de pareja que el entrevistado manifiesta haber tenido en su biografía personal. Con el análisis de esta pregunta se construyeron los tipos de trayectorias de emparejamiento. .

¹⁵ Cecilia Gayet, et al, (2007) identifica un 58% de HSH con trayectorias de relacionamiento erótico-afectivo exclusivas con varones.

Cuadro No 2. Distribución porcentual de los entrevistados según tipo de trayectoria de emparejamiento por grupos de edad. Ciudad de México 2006.

Tipo de trayectoria de emparejamiento	Grupos de edad			
	Todos (N=250)	16-24 (N=92)	25-34 (N=93)	35 y más (N=65)
Trayectorias exclusivas con mujeres	1.2	3.2		
Trayectorias exclusivas con varones	56.4	57.6	52.7	60.0
Trayectorias rizomáticas	13.6	6.5	17.2	18.5
Trayectorias transitivas	22.4	20.7	25.8	20.0
Sin historias de pareja estable	6.4	12.0	4.3	1.5
Total	100	100	100	100

Fuente: Estimaciones propias a partir de la encuesta "iniciación sexual, trayectorias de emparejamiento y vida en varones homosexuales de la ciudad de México"

Un tercer tipo de trayectoria se ha denominado rizomáticas (V-M-V-T-M...), la cual puede tomar múltiples combinaciones en términos del sexo o la identidad genérica de la pareja estable (en dos casos existen historias de pareja con transgéneros y transexuales-T-); abarca el 13,6% de los entrevistados en general y tiende a incrementarse entre los grupos de edad, dándose la más alta participación en los entrevistados mayores de 35 años con un 18,5%. Este patrón de emparejamiento refleja cuan permeable y fluida puede ser la construcción afectiva en los sujetos, independe del sexo o el género de las personas. Desde mi punto de vista, este patrón constituye el más dinámico desde una discusión *queer* de la afectividad.

Por último, existe un cuarto tipo de trayectoria que he denominado transitivas (M-M-V-V...) en donde en la biografía del sujeto aparece inicialmente relaciones de pareja con mujeres y luego se “transita”, especialmente entre los 24-26 años de edad, hacia relaciones de pareja exclusivamente con varones. Este patrón abarca el 22,4% de los entrevistados, permaneciendo tal estimación relativamente constante entre los tres grupos de edad. Sería interesante indagar a que tipo de factores socio-culturales e individuales responde este tipo particular de trayectoria; en principio considero, a modo de hipótesis, que éste patrón refleja los comportamientos y actitudes tradicionales de este grupo particular de varones y del medio social donde ellos se mueven, de la necesidad de una novia como construcción de una expectativa de masculinidad y un quiebre de tal situación asociada a un mayor autonomía del sujeto, vía ingreso al mercado laboral o una primera salida del hogar por migración o establecimiento de un hogar independiente.

Finalmente se identificaron 19 varones que reportaron no tener historias de pareja estable con otros varones, ni mujeres, ni transgéneros en su curso de vida (6,4%). Esta situación, como era de esperarse, disminuye entre las tres cohortes de entrevistados tendiendo casi a desaparecer en el curso de vida del individuo; de nuevo la edad juega un papel central para comprender la forma como se construye o perfila un patrón determinado de relacionamiento sexo-afectivo. En este sentido, los tipos de trayectorias propuestos constituyen modos de entender la interacción sexual de un conjunto poblacional, pero no niegan el dinamismo y la fluidez que el mismo sujeto puede imprimirle a este constructo, transitando entre uno y otra dependiendo de las historias que construya en un futuro.

Mono y poliamor y exclusividad sexual en las relaciones de pareja entre varones

Un tema interesante de explorar durante la reconstrucción de las trayectorias de emparejamiento, en este caso particular entre varones, tiene que ver con la forma como los individuos reproducen o recrean ciertas normas sociales asociadas al cómo deben ser las relaciones de pareja, cuántas relaciones de pareja se deben tener al mismo tiempo y si tales relaciones deben ser exclusivas o no desde el punto de vista sexual, al permitir que la pareja o el mismo entrevistado puedan tener contacto con otro(s) varón(es) para el ejercicio de la sexualidad, en situaciones que pueden ser independientes, la pareja y un amante, en sexo grupal o el intercambio de parejas.

En este sentido, un análisis exclusivo y particular de las relaciones de pareja con otros varones, en los 231 entrevistados que han experimentado este evento, permite identificar dos patrones adicionales para comprender la forma particular como los varones construyen la afectividad entre ellos (ver cuadro No 3); el primero, denominado “estilo de emparejamiento”¹⁶, identifica que tan mono o poliamorosos han sido los entrevistados en la cimentación de la afectividad con otros varones; y el segundo, “trayectoria de

¹⁶ A partir de las fechas de inicio y terminación de las diferentes historias de pareja fue posible identificar, mediante cruces de estas variables, en que situaciones se había sostenido más de una relación de pareja con otro varón al mismo tiempo. Los casos que tienen un comportamiento lineal y no simultáneo en el establecimiento de sus relaciones de pareja se les nombró “monoamorosos”; aquellos que en su biografía han sostenido más de una relación al mismo tiempo se les denominó “poliamorosos”

relacionamiento sexual”¹⁷, expresa la forma como estos varones han construido o no la exclusividad sexual en el marco de una relación de pareja¹⁸.

En igual sentido, el tipo de estimación planteada para ambas temáticas es contraria a la que se ha venido aplicando convencionalmente por otros investigadores (Cruz, 1998; Patterson 2000; Meil, 2000), para comprender el tema de la exclusividad sexual en la última/actual relación de pareja en gay/homosexuales, ya que asocian y confunden monoamor (o monogamia como ellos la denominan) con un patrón de relacionamiento sexual cerrado, asociación que por lo menos en los datos que soportan este texto no es tan certera y lineal. Un asunto es la monogamia como forma de alianza con una sola persona en el aquí y el ahora, y otra, un tanto diferente, es que tal vínculo conlleve a una exclusividad sexual o encarne la prohibición de tener relaciones sexuales con terceros.

El estilo de emparejamiento monoamoroso es el que predomina de forma general en la construcción de las relaciones de pareja en este grupo de varones (84%). Sin embargo, parece que con la edad y la mayor acumulación de parejas sexuales y relaciones de pareja, el monoamor perdiera una ligera preponderancia, como forma culturalmente aceptada de construir la afectividad y diera entrada al poliamor. No obstante, la alta preponderancia del monoamor en la construcción de la afectividad entre varones, es un indicador de las normas y discursos en torno al tipo y naturaleza de las alianzas en la sociedad mexicana que se extiende al campo del homoerotismo y de un conjunto de valores sociales acerca de la exclusividad, el compromiso y la fidelidad sexual que supuestamente encara la monogamia.

¹⁷ Esta tipología, con sus tres categorías, se construyó a partir del análisis de la pregunta que indaga por la exclusividad sexual en las relaciones de pareja entre varones; a partir de allí, se pudo identificar si la relación de pareja había sido abierta, con sus diferentes modalidades: para el entrevistado, para la pareja o para ambos, o cerrada o exclusiva. De esta forma se construyeron tres categorías: “cerrada”, cuando en las historias de pareja éste ha sido el patrón de relacionamiento sexual, es decir, total exclusividad. Cuando en las historias de pareja de un individuo se presenta el establecimiento de parejas abiertas en todas sus modalidades, se denominó “trayectoria de relacionamiento sexual abierta”; y finalmente, cuando un individuo combina en su biografía sexual ambos estilos se le denominó “fluido”. La construcción de las trayectorias de relacionamiento sexual parte de la propia valoración que los entrevistados hicieron en cada historia particular de emparejamiento

¹⁸ Ambos patrones pueden estar subestimadas en tanto las parejas que fueron tomadas para construir estas tipologías corresponden a las del relato extenso –cuatro historias- y por lo tanto deja por fuera un 23,6% de historias de pareja con otros varones que no pudieron ser captadas y un número significativo de historias de pareja que los entrevistados han sostenido con mujeres. En otras palabras, la estimación planteada es una *proxy* al tema de la mono y el poliamor y la exclusividad sexual.

Cuadro No 3. Distribución porcentual de los entrevistados según estilo de emparejamiento y tipo de trayectoria de relacionamiento sexual por grupos de edad. Ciudad de México 2006.

Estilo de emparejamiento	Grupos de edad			
	Todos (N=231)	16-24 (N=78)	25-34 (N=89)	35 y más (N=64)
Monoamor	84.0	88.5	82.0	81.2
Poliamor	16.0	11.5	18.0	18.8
Trayectoria de relacionamiento sexual				
Cerrado	42.4	42.3	46.1	37.5
Abierto	17.8	24.4	13.5	15.6
Fluido (abierto-cerrado-abierto)	39.8	33.3	40.4	46.9
Total	100	100	100	100

Fuente: Estimaciones propias a partir de la encuesta "iniciación sexual, trayectorias de emparejamiento y vida en varones homosexuales de la ciudad de México"

Por el lado de la trayectoria de relacionamiento sexual, se observa cómo el número de varones con relaciones de pareja exclusivamente cerradas es significativamente menor - 42%- con respecto a aquellos que resultaron monoamorosos -84%-; esta diferencia entre uno y otro valor revela y confirma que la construcción cultural de la monogamia, en términos generales, no es sinónimo de exclusividad sexual como se planteó anteriormente, en tanto se esperaría que la proporción de varones con trayectorias monoamorosas fuera muy similar a la proporción de éstos con trayectorias de relacionamiento sexual exclusiva con su pareja.

En este sentido, existe un 50% de varones monogámicos que en alguna o todas sus relaciones de pareja con otros varones, han acordado o informado a sus parejas la posibilidad de tener prácticas sexuales con terceras personas. Entonces, al no ser el monoamor sinónimo de exclusividad sexual, emergen otro tipo de apuestas valorativas que pueden resumirse en una frase planteada por uno de los entrevistados, “yo más que fiel, soy leal”; es decir, lealtad como reconocimiento del vínculo con otro sin negar el ejercicio de la sexualidad más allá de la pareja “estable”.

La condición de poliamor, o el haber tenido más de una relación de pareja al mismo tiempo, genera igualmente bastantes contradicciones y ambigüedades cuando se confronta con el tipo de trayectoria de relacionamiento sexual, ya que se esperaría que la proporción de trayectorias abiertas o fluidas coincidiera con la de poliamorosos, cosa que no sucede. En este orden de ideas, y en especial al analizar el cuadro No 4, emerge una situación que refleja estas contradicciones por parte de los varones entrevistados y que no deja de ser paradójica, en tanto una tercera parte de los varones que son poliamorosos, declararon al

reconstruir sus historias de pareja que éstas habían sido cerradas o exclusivas sexualmente, tal vez en un acto de quedar bien consigo mismos y con el entrevistador o de responder lo socialmente correcto o la norma, es decir, que una relación de pareja “debe ser” cerrada desde el punto de vista sexual.

Cuadro No 4. Distribución porcentual de los entrevistados según tipo de trayectoria de relacionamiento sexual y estilo de emparejamiento. Ciudad de México 2006.

<i>Trayectoria de relacionamiento sexual</i>	Estilo de emparejamiento	
	Monoamor (N=194)	Poliamor (N=37)
Cerrado	44.3	32.4
Abierto	18.6	13.5
Fluido	37.1	54.1
Total	100.0	100.0

Fuente: Estimaciones propias a partir de la encuesta "iniciación sexual, trayectorias de emparejamiento y vida en pareja en varones homosexuales de la ciudad de México.

Un análisis por grupos de edad sugiere que la trayectoria de relacionamiento sexual abierto es más común entre los jóvenes, siendo en uno de cuatro el patrón preferido. Sin embargo, este valor contrasta con la alta proporción que alcanza el monoamor en este grupo de edad (88,5%), aunque tal valor es comprensible en tanto a edades tempranas existe menor cantidad de historias de pareja y por lo tanto menos “riesgo” de haber tenido por lo menos otra relación de pareja al mismo tiempo. Igualmente, para los jóvenes con sólo una o dos historias es más probable ser monoamorosos pero no exclusivos desde el punto de vista sexual; no obstante, la apuesta por la apertura sexual no es exclusiva de los jóvenes, ya que si se observa el comportamiento entre generaciones de la trayectoria de relacionamiento sexual “fluido”, es decir donde se combina en diferentes historia de pareja tanto la exclusividad como la apertura sexual hacia otras personas, sobresale que ésta aumenta entre grupos, teniendo una proporción cercana al 47% entre los varones mayores de 35 años.

Pero la apertura o la fluidez en el relacionamiento sexual no es propia de los varones aquí entrevistados, otras investigaciones han mostrado que el modelo de pareja abierta parece ser la forma más común de interacción sexual en la actualidad; especialmente esta tendencia se ha encontrado en Holanda donde sólo un 18% de las relaciones de pareja son cerradas desde el punto de vista sexual (Tielman, 1996 en Cruz, 1998), en Estados Unidos Blumstein y Schwartz (1983, 1999) encontraron que, en un período de entre 2 y 10 años de

establecida la relación, las parejas de varones gay tendían a ser más abiertas en sus relaciones, sugiriendo estos autores que la disminución de la actividad sexual en la pareja va aparejada con un aumento en la frecuencia de encuentros sexuales externos. Otras investigaciones hechas con posterioridad a la aparición del VIH-SIDA en este mismo país, muestran que tal patrón no ha cambiado significativamente (Bryant y Demian, 1994).

Esta situación de contraste y presencia del relacionamiento sexual abierto en relaciones de pareja entre varones en la ciudad de México, refleja cambios importantes en el contexto social relacionado con la flexibilización de las normas en la moral sexual, al utilizar la apertura y la práctica sexual con otros varones como una estrategia en el curso de vida de una pareja que pueden cumplir múltiples fines, incluyendo probablemente una apuesta por una mayor permanencia de la relación en el tiempo. De igual manera, en algunos de los entrevistados el planteamiento de una relación abierta o transformar la relación de total exclusividad hacia una apertura sexual, conduce a un proceso de re-negociación en la relación o a veces puede constituirse en causa de ruptura de la misma.

Las apreciaciones que hacen los entrevistados de sus propias experiencias de relacionamiento sexual en pareja constituyen una valoración total, un balance general de si fue exclusiva o no la historia de pareja que se reconstruye, y en este sentido algunos de los participantes me aclararon que buena parte de sus historias empezaron siendo cerradas y exclusivas, pero con el tiempo terminaron siendo abiertas en sus múltiples modalidades. De ahí que la etiqueta de si fue abierta o cerrada la relación fue puesta por los mismos entrevistados y constituye por lo tanto una valoración subjetiva de una experiencia eminentemente relacional.

A modo de Epílogo. ¿Qué aporta el enfoque biográfico al estudio de la masculinidad?

A partir de la documentación de los patrones de emparejamiento descritos por la narrativa mexicana de finales del siglo XIX y el siglo XX y el análisis de las trayectorias de emparejamiento en un conjunto de 250 varones, entre los 16 y 55 años de edad, emergen varios asuntos interesantes para la discusión. En primer lugar, la definición y articulación problemática y ambigua entre los discursos que nombran las identidades y aquellos que hacen referencia a las prácticas sexuales.

Existe una divergencia entre las categorías que la academia ha diseñado para nombrar las identidades sexuales y los discursos en los mismos sujetos que las nombran; buena parte de las categorías usadas por los estudiosos del género y la sexualidad responden al modelo anglosajón de construcción de la preferencia basada en la elección del objeto (Connell, 2003), es decir, en la realidad existen sujetos heterosexuales, bisexuales y homosexuales con algunas variantes. Esta definición supone que cada categoría es pura y que cada construcción erótica-afectiva supone el rechazo del objeto “opuesto” del deseo, es decir, los varones heterosexuales nunca tendrían sexo con otro varón, los homosexuales nunca con una mujer y los bisexuales tendrían sexo indistintamente, tanto con varones como con mujeres.

No obstante, las biografías de los varones entrevistados indican que su construcción como sujetos sexuales ha estado permeada por prácticas sexuales hetero y homoeróticas, configurando una trama biográfica bastante compleja. De los varones entrevistados el 51% había tenido en algún momento de su vida una relación sexual con una mujer y el 37,2% alguna relación erótica-afectiva bajo la figura de novia o pareja estable; estos dos datos señalan que la conformación de carreras sexuales tiene poca correspondencia con la forma como la academia construye y ha entendido el erotismo y la afectividad entre varones en la sociedad mexicana. También es problemática la articulación entre las diferentes carreras sexuales y las identidades sexo-genéricas que los varones asumieron al momento de la entrevista.

Si bien la mitad de la muestra se había relacionado/relaciona erótica y afectivamente con mujeres, sólo el 7% se nombró a sí mismo como bisexual; la mitad de los 17 varones que se asumían como “hombres” nunca había tenido una relación coito-vaginal con una mujer y el 50% de los 143 entrevistados que se nombraron gay-homosexuales manifestaron haber tenido/tener relaciones sexuales con mujeres. Estas tres proporciones me generaron una pregunta básica, que muchos otros autores se viene haciendo (Núñez, 1999; Carrillo, 2005; Szasz, 2006) en términos de si las prácticas sexuales constituyen un elemento central en el discurso que nombra las identidades de sexo-genéricas en México.

Partir del sólo objeto para armar el discurso que nombra las identidades en México constituye un asunto reduccionista y de traslape de una visión foránea al complejo campo de las sexualidades en México. Es más, la categoría heterosexual sólo existe en el mundo

académico y en ciertos sectores sociales altamente influidos por este discurso para hacer referencia a ciertas prácticas sexuales y a una identidad en este sentido. En la población en general, la categoría “hombre” constituye el marcador de masculinidad basado en el comportamiento, que no niega el erotismo con varones.

La construcción de la masculinidad en el México contemporáneo, y ya desde el siglo XIX (Buffington, 1998, 2003; Irwin, 1998, 1999), ha tenido que ver más con el comportamiento que los usos o placeres del cuerpo y esto por lo tanto no excluye las prácticas homoeróticas. Lo importante en tal definición son los marcadores de masculinidad (Guasch, 2006) en la sociedad urbana mexicana, que constituyen la traducción de ciertas expectativas que se tienen frente al varón y que al estar centradas en el comportamiento, constituyen un acto performativo (Butler, 2002), una representación de un guión socio-sexual previamente diseñado (Carrillo, 2005). Desde este punto de vista, lo censurable en la sociedad urbana mexicana no es el homoerotismo en sí mismo, sino las transgresiones de género y el cruce del umbral entre lo femenino y lo masculino.

Asumir que masculinidad es sinónimo de heterosexualidad es partir de una visión simple que no reconoce, que como construcción socio-genérica la masculinidad organiza la identidad y los roles de los varones, al margen de que cumplan o no los modelos socialmente previstos para ellos. La masculinidad es un todo que engloba tanto las normas como sus desviaciones, es decir, la masculinidad incluye también a quienes vulneran sus normas (Guasch, 2006).

De ahí que el enfoque biográfico y de curso de vida revele la complejidad que tiene el estudio de la sexualidad y la conformación de las personas como sujetos sexuales. Una mirada a la historia personal y al tiempo individual devela la sinuosidad entre prácticas, sujetos, múltiples discursos, apariencias de género y formas de nombrar en presente una experiencia histórica. Las biografías sexuales son “socialmente producidas en contextos específicos, materializados en personas concretas que las viven, crean y recrean en su vida diaria” (Plummer, 1995:13); son dinámicas, selectivas e inclusivas. Por lo tanto, para buena parte de los varones con prácticas homoeróticas que han tenido/tienen relaciones erótico-afectivas con otros varones tales actos constituyen simples “cotorreos” (Núñez, 2007), experiencias sin nombre y muchos menos identidad y por lo tanto, al carecer de

nombre, no constituyen un pieza central en una biografía sexual, ni dejan huella en sus carreras sexuales.

Bibliografía

Adam, Barry (2004), “Care, intimacy and same-sex partnership in the 21st century”, En: *Current Sociology*, vol. 52, núm. 2, pp. 265-279.

Aggleton, Peter y Richard Parker (2002), *Estigma y discriminación relacionados con el vih-sida: un marco conceptual e implicaciones para la acción*, documento de trabajo no 9, Programa de salud reproductiva y sociedad, El Colegio de México.

Almaguer, Tomás (1995), “Hombres chicanos: una cartografía de la identidad y del comportamiento homosexual”, En: *Debate Feminista*, año 6, vol. 11. pp. 46-77.

Andrés, Rodrigo (2000), “La homosexualidad masculina, el espacio cultural entre masculinidad y feminidad y preguntas ante una “crisis”, En: Marta Segarra (editora) *Nuevas masculinidades*, Icaria, Barcelona, España.

Barbachano, Manuel (1964), *El diario de José Toledo*, Ediciones premia, México.

Bertaux, Daniel (2005), *Los relatos de vida. perspectiva etnosociológica*, Ediciones Bellatera, Barcelona, España.

Blanco, José Joaquín (1983), *Las púberes canéforas*, Editorial océano, México.

Boswell, Jhon (1996), *Las bodas de la semejanza*, Muchnik editores, Barcelona, España.

_____ (1992), *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad, los gays en Europa occidental desde el comienzo de la era cristiana hasta el siglo XIV*, Muchnik editores, Barcelona, España.

Bozon, Michel (2005), “Nueva normatividad de la sexualidad”, conferencia dictada en FLACSO en cooperación con CENSIDA, ciudad de México, México.

Buffington, Robert (2003), “Homophobia and the mexican working class, 1900-1910”, En: Robert McKee Irwin, et al (editores), *the famous 41. Sexuality and social control in Mexico*, Ediciones Palgrave-Macmillan, Nueva York.

_____ (1998) “Los jotos. Visiones antagónicas de la homosexualidad en el México moderno”, En: Daniel Balderston y Donna Guy, (compiladores), *Sexo y sexualidades en América Latina*, Paidós, Argentina.

Butler, Judith (2002), *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*, Paidós, Argentina.

Caballero, Martha (2007), “Abuelas, madres y nietas. Generaciones, curso de vida y trayectorias”, En: *Curso de vida y trayectorias de mujeres profesionistas*, serie de investigaciones del PIEM, Género, cultura y sociedad, núm. 4, El Colegio de México.

Carrillo, Héctor (2005), *La noche es joven, la sexualidad en México en la era del sida*, Océano, México.

Castrejón, Eduardo (1906). “Los cuarenta y uno. Novela crítico social”, En: Robert McKee Irwin, et al (editores), *the famous 41. Sexuality and social control in Mexico*, Ediciones Palgrave-Macmillan, Nueva York.

Connell, Robert (2003), *Masculinidades*, PUEG-UNAM, México.

Coubés, Marie Laure, et al, (2005), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XXI. Una perspectiva de historias de vida*. Egap- Porrúa, COLEF, México.

Cruz, Salvador (1998), *Estructura y funcionamiento de la pareja gay masculina*, tesis para optar al título de maestro en psicología social, UNAM, México.

Chauncey, George (1994), *Gay Nueva York. Gender, urban culture and the making of the gay male world, 1890-1940*, Basic Books, Nueva York.

D’emilio, John (1997), “Capitalism and gay identity”, En: Roger Lancaster y Micaela di Leonardo, (editores) *The gender/sexuality reader. Culture, history, political economy*, Routledge, Nueva York.

Drucker, Peter (2004), “Introducción: redefinición de las identidades sexuales”, en: Peter Drucker (Editor) *Arco iris diferentes*, Siglo XXI, México.

Fausto-Sterling, Anne (2006), *Cuerpos sexuados*, Melusina, Barcelona, España.

Federman, Lillian (1981), *Surpassing the love of men: romantic friendship and the love between women from renaissance to the present*. Nueva York.

Flaquer, Lluís (1998), *El destino de la familia*, Ariel, España.

Foucault, Michel (1977), *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*, Siglo XXI, México.

Gallego, Gabriel (2008), “Minoría sexuales y Derechos humanos en América Latina”, Ponencia presentada en el I encuentro la Sexualidad frente a la Sociedad, julio de 2008, UNAM, México.

_____ (2007), *Patrones de iniciación sexual y trayectorias de emparejamiento entre varones. Una mirada biográfica-interaccional en el estudio de la sexualidad*, Tesis para optar al título de doctor en Estudios de Población, CEDUA, El Colegio de México.

_____ (2003), “La pareja gay y lésbica como formas alternas de familia”, En: Gabriel Gallego (compilador) *Memorias seminario propositivo la familia en la construcción de lo público*, Universidad de Caldas, Colombia.

Galí, Montserrat (2002), *Historias del bello sexo. La introducción del romanticismo en México*, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, México.

Gayet, Cecilia, et al, (2007), *Prácticas sexuales de la población vulnerable a la epidemia del VIH-SIDA en México*, Colección ángulos del sida No. 8, CENSIDA, FLACSO, México.

Giele, Janeth y Elder, Glen Jr., (1998), *Methods of life course research: qualitative and quantitative approaches*, Thousand Oaks –SAGE, California.

González, María del Mar (2002), *Dinámicas familiares, organización de la vida cotidiana y desarrollo infantil y adolescente en familias homoparentales*, Informe de investigación, Universidad de Sevilla, España.

Guasch, Oscar (2006), *Héroes, científicos, heterosexuales y gays. Los varones en perspectiva de género*, Ediciones Bellatera, Barcelona, España.

_____ (1995), *La sociedad rosa*, Anagrama, Barcelona, España.

Heilborn, Maria Luiza, et al (2006), “Valore sobre sexualidade y elenco de prácticas: tensões entre modernização diferencial e lógicas tradicionais”, En: Maria Luiza Heilborn, et al (coordinadores) *O aprendizado da sexualidade, reprodução e trajetórias sociais de jovens brasileiros*, Universitária, Rio de Janeiro, Brasil.

Irwin, Robert McKee (1999), “La homosexualidad cósmica mexicana: espejos de diferencia racial en Xavier Villaurrutia”, en: Revista Iberoamericana, Vol. LXV, Núm.187.

_____ (1998), “El periquillo Sarniento y sus cuates: el “éxtasis misterioso” del ambiente homosocial en el siglo diecinueve”, en: Literatura Mexicana, Vol. 9, Núm.1.

Juárez, Fátima y Castro, Teresa. (2004), *Partnership and sexual histories of adolescent males in Brazil: Myths and realities*. Ponencia presentada en la reunión anual de la Asociación Americana de Población, Boston, USA.

Luhmann, Niklas (1985) *El amor como pasión, la codificación de la intimidad*, Homo sociologicus 32, Ediciones península, Barcelona, España.

Kertzner, Robert (2001), “The adult life course and homosexual identity in midlife gay men”, en: Annual review of sex research, Núm. 12, pp. 75-92.

McKinney, John (1968) *Tipología constructivista y trabajo social*, Amorroutu editores, Buenos Aires, Argentina.

McWhirter, David y Mattison, Andrew (1984), *The male couple, how relationships develop*, Prentice halls, New Jersey.

Macias-González, Víctor (2004), “Entre lilos limpios y sucias sarasas: la homosexualidad en los baños de la ciudad de México, 1880-1910”, En: Collado, María C. (coordinadora), *Miradas recurrentes II, la ciudad de México en los siglos XIX y XX*, Instituto Mora-UAM, México.

Meil, Gerardo, (2000), “Nuevas Formas de pareja: Las parejas del mismo sexo”, En: *Ábaco- Revista de cultura y ciencias sociales*, 2a época, No 29-30, pp 71 - 78.

Minello, Nelson (1998), “De las sexualidades. Un intento de mirada sociológica”, En: Szasz, Ivonne. y Susana lerner, (compiladoras), *Sexualidades en México, algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*, El Colegio de México.

Novo, Salvador (1998), *La estatua de sal*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

Núñez, Guillermo (2007), *Masculinidad e intimidad: identidad, sexualidad y sida*. Porrúa-PUEG, El colegio de Sonora, México.

_____ (1999), *sexo entre varones, poder y resistencia en el campo sexual*. PUEG-UNAM- Porrúa ediciones-El Colegio de Sonora, México.

Patterson, Charlotte (2000), “Family relationships of lesbians and gay men”, En: *Journal of Marriage and the Family*, Vol. 62, Núm. 4, pp. 1052 - 1069

Plummer, Kenn (1995), *Telling sexual stories*, Routledge, Londres, Inglaterra.

Riva, Diana, et al (2006), “As trajetórias afetivo-sexuais: encontros, uniões e separação”, En: Maria Luiza Heilborn, et al (coordinadores) *O aprendizado da sexualidade, reprodução e trajetórias sociais de jovens brasileiros*, Universitária, Rio de Janeiro, Brasil.

Ross, Ellen y Rapp, Raina (1997), “Sex and society. a research note from social history and anthropology”, En: Roger Lancaster y Micaela di Leonardo (editores) *The gender/sexuality reader. Culture, history, political economy*. Routledge, Nueva York.

Rubin, Gayle (1989), “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad”, En: Carolane Vance, (compiladora), *Placer y peligro, explorando la sexualidad femenina*, serie hablan las mujeres, Madrid

Salazar, Luz María (2006), *Trayectorias de vida y estrategias de sobrevivencia. Las viudas de la violencia política en Colombia*, tesis para optar por el grado de doctora en ciencia social con especialidad en sociología, El Colegio de México, México.

Singer, Irvin (1992), *La naturaleza del amor cortesano y romántico*, Siglo XXI editores, México.

Szasz, Ivonne (2006), “Relaciones de género y desigualdad socio-económica en la construcción social de las prácticas sexuales en México”, Ponencia, CEDUA, El Colegio de México, México.

Velasco, Laura (2004), “Un acercamiento al método tipológico en sociología”, En: María Luisa Tarrés (coordinadora) *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, FLACSO- El Colegio de México- Porrúa, México.

Weeks, Jeffrey (1998), *Sexualidad*, Paidós-PUEG-UNAM, México.

_____ (1998a), “La construcción cultural de la sexualidad ¿qué queremos decir cuando hablamos de cuerpo y sexualidad?”, En: Ivonne Szasz y Susana Lerner (compiladoras), *Sexualidades en México, algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*, El Colegio de México, México.

_____ (1998b), “La construcción de las identidades genéricas y sexuales”, En: Ivonne Szasz y Susana Lerner (compiladoras), *Sexualidades en México, algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*, El Colegio de México, México.

_____ (1993), *El malestar de la sexualidad, significados, mitos y sexualidades modernas*, Talasa ediciones, Madrid, España.

Welti, Carlos (2005), “Inicio de la vida sexual y reproductiva”, En: Papeles de Población, Año 11, Número 45.

Zapata, Luis (1979), *El vampiro de la colonia roma. Las aventuras, desventuras y sueños de Adonis García*, Grijalbo, México.